

HOMENAJE A DON TOMAS NAVARRO TOMAS (1884-1979)

El 16 de setiembre de 1979 falleció en su residencia de Northampton, Massachusetts, a la edad de noventa y cinco años, el ilustre filólogo, Tomás Navarro Tomás, miembro de Número de la Academia Norteamericana de la Lengua Española y de la Real Academia Española. El vacío que dejó con su muerte es enorme porque estaba considerado como uno de los más grandes estudiosos de la Fonética. Su obra es respetada y admirada en todo el mundo.

Nació Navarro Tomás en La Roda (Albacete), España, en 1884. Se licenció en Letras en la Universidad de Valencia y se doctoró en la de Madrid, especializándose en Filología Románica bajo la dirección de Asín Palacios y Menéndez Pidal. De la misma generación de Navarro Tomás son Américo Castro y Amado Alonso. Las obras de este ilustre académico son de suma importancia, sobre todo las siguientes: la edición crítica de *Las moradas*, de Santa Teresa y sus libros *Manual de pronunciación española*, *Manual de entonación*, *El vascuence de Guernicas*, *Estudios sobre fonología española*, *Métrica española* y *Arte del verso*.

Fue Navarro Tomás profesor de Fonética en el Centro de Estudios Históricos, catedrático de la misma materia en la Universidad Central de Madrid y Director de la Biblioteca Nacional de España. Colaboró con la República Española y durante la guerra civil fundó la revista *Horas de España*. Al perder la guerra los republicanos, don Tomás se exilió en Estados Unidos y acá ocupó la cátedra de Fonética en la Universidad de Columbia hasta su jubilación.

El discurso de ingreso en la Real Academia Española en 1934 versó sobre "El acento castellano", y el de ingreso a la Academia Norteamericana de la Lengua Española, publicado en el *Boletín* n. 1 de nuestra Corporación, lo tituló, "Miguel Agustín Príncipe, tratadista de métrica".

El profesor Navarro Tomás fue el propulsor más decidido de la Academia Norteamericana de la Lengua Española y ocupaba el sillón primero entre sus académicos de número. Su muerte enlutó a todas las academias del mundo hispánico.

Nuestra Corporación se reunió en la ciudad de Nueva York en sesión pública para rendirle su homenaje el 24 de noviembre de 1979. En este acto de recordación intervinieron Odón Betanzos, nuestro director, y los colegas Amelia Agostini de del Río, Eugenio Florit y Daniel N. Cárdenas, todos los cuales leyeron los testimonios que a continuación publicamos antes del de José Agustín Balseiro.

TESTIMONIO DEL DIRECTOR DE NUESTRA CORPORACION

Odón Betanzos Palacios

Bien sabe Dios que nunca deseé que llegara la hora de recordar a don Tomás Navarro Tomás como a ser ausente de la vida. Pero unos son los deseos y otra es la realidad.

Nació el hombre; vivió sus días de honradez acrisolada; le dio curso a su vocación; florecieron sus obras, alcanzó la voz más alta en los estudios filológicos; la fonética en su luminoso talento tuvo su mayor intérprete y su nombre se hizo de respeto y trascendió las fronteras ante el asombro de todos: por sus honduras, por sus claras y taladradoras proyecciones.

Fue académico de la Real Española; el número uno en la lista por la antigüedad de su ingreso. Fue el hombre que no buscó a los tres académicos que se necesitan siempre para presentar al candidato. A él tuvieron que buscarlo. Fue, por otro lado, el alma de la Norteamericana de la Lengua Española. Fue su impulsor. Tras su sugerencia de la necesidad de una academia de lengua española para servir a los veintidós millones de hispanohablantes en Estados Unidos, anhelo de las mejores mentes por dos siglos, nació el Comité Organizador de los cinco que pudo y supo redondear y dar vida a las ideas iniciales de Don Tomás.

Su palabra clara; sus sugerencias de cimas; su punto final cuando el punto se necesitaba; sus criterios basados en sabiduría y humanidad; su rectitud de hierro; su blandura por los ojos, apuntalaron esta Academia. Fue el número uno también en la lista de la Norteamericana porque con él se iniciaba la vida de la Academia.

Se le ofreció la dirección de nuestra Academia y la rehusó. Se le ofreció la dirección honoraria y la rehusó también. Sus consejos, en todo momento, fueron de pautas sugeridas, de detalles precisos, de palabras esenciales basadas en lo justo y en lo exacto. Ahora podrán darse cuenta, por uno de sus ángulos claves, por qué y de qué forma la Norteamericana de la Lengua Española nació completa, entera y elevada, sin años de evolución y de ascenso. La altura la tuvo en su nacer porque Don Tomás Navarro Tomás fue uno de los que ayudó a marcarla, y los integrantes de la Academia, suma de talentos, supieron concebir el exacto ideario, seguirlo y desarrollarlo.

Ha muerto Don Tomás Navarro Tomás con noventa y cinco años. Noventa y cinco años serios, hondos, de trabajos y disciplinas. Las horas para algunos mortales no se cuentan como medida del tiempo, se cuentan por obra y realizaciones. Las de Don Tomás fueron horas universales. Siglos se ha de tardar para que otra mente se le iguale. Está de luto la Academia Norteamericana de la Lengua Española que él vislumbró y alentó hasta redondear su seria misión y su amplio contenido; está de luto la Española a la que perteneció también; están asimismo de duelo todas las academias del mundo hispánico, y aunque no lo sepan, de luto están los habitantes de lengua española porque la lengua por donde se movió Don Tomás y a la que tocó sus más hondas y secretas resonancias, lo está.

Deja Don Tomás viuda e hija; es ésta la profesora doña Joaquina Navarro, fiel guardadora de la esencia y valía de su padre, y deja académicos de lengua española en tres continentes; deja obra seria y permanente por donde el hombre continúa en vida y continuará por muchos siglos.

TESTIMONIO DE UNA DISCIPULA Y COLEGA

Amelia Agostini de Del Río

Don Tomás se durmió una noche y no despertó. Así se realizó su deseo. Pasó silenciosamente del sueño de la vida al sueño de la eternidad. Y ahora reposa en la Nueva Inglaterra, en el estado de Massachusetts, en uno de tantos cementerios norteamericanos que tienen la placidez del jardín alegre y no recuerdan tanto a la muerte como nuestros camposantos. Lejos de la Mancha, a cuya luz abrió los ojos por vez primera, pero en el corazón de esta América acogedora.

Como don Quijote anduvo los caminos del Bien. Como don Quijote, hidalgo de tesón. Y como don Quijote, tuvo su Dulcinea, la lengua española, a la que amó apasionada y constantemente, y a la que sirvió con lealtad de enamorado y cultivó y explicó con esmero. Hace unas noches leí en la página 43 de **Años inolvidables (The Best Times, 1966)** de John Dos Passos: "Nada más llegar a Madrid empecé un curso magnífico sobre el idioma español con Tomás Navarro Tomás en el Centro de Estudios Históricos". Algunos años después que Dos Passos, asistí en aquel Centro, de feliz memoria, a cursos con don Tomás. Aún le veo de pie, bien plantado, a la cabecera de una larga mesa a la que nos sentábamos sus estudiantes durante el año académico 1922-1923. Imponía por su gesto reposado de gran señor—lo que era—y por la palabra grave, sabia, sencilla y de agradable timbre con que exponía materias a veces áridas. La amenidad—cosa rara en muchos catedráticos—hacía transcurrir el tiempo sin consultar el reloj. Impecables como su traje, eran su voz y su cortesía.

El 19 de junio de 1971 publiqué en **El Imparcial** de San Juan de Puerto Rico un artículo que titulé "Claro varón: don Tomás Navarro Tomás". De este artículo cito un párrafo:

Creo que si tuviera que limitarme a dos palabras para describir su manera, diría sobriedad y naturalidad; para describir su físico diría prestancia y dignidad; para describir su carácter, llaneza y cordialidad humana. Se podría decir de don Tomás lo que escribió Hernando del Pulgar sobre el Marqués de Santillana en sus **Claros varones de Castilla**: 'Era hombre agudo y discreto y de tan gran corazón, que ni las grandes cosas le alteraban ni en las pequeñas le placía entender (ni a las pequeñas daba importancia). En la continencia de su persona e en el razonar de su fabla mos-

traba ser hombre generoso e magnánimo. Fablaba muy bien y nunca le oían decir palabra que no fuese de notar, quier (ya fuera) para doctrina quier para placer. Era cortés e honrador de todos los que a él venían' ”.

Mas no es sólo Hernando del Pulgar el que al retratar al Marqués de Santillana parece describir a don Tomás. Es este mismo quien traza su retrato al hablar de su maestro don Ramón Menéndez Pidal: “Sería difícil señalar en la España contemporánea otro hombre de obra tan fecunda ni de vida tan lograda, ni tampoco de mayor urbanidad y pulcritud en sus costumbres y maneras”.

Más que los valores intelectuales he admirado siempre los valores morales. Por ello exalto la integridad de mi noble maestro. Si la misión de la Universidad debe ser—según creía León Felipe—“más que crear hombres doctos en una disciplina crear hombres íntegros”, en don Tomás se cumplieron los dos propósitos. Por ello sacrificó su bienestar, honores y el vivir en la patria, a unos principios que le mantuvieron en el destierro hasta su muerte. Notable era la relación que mantenía con los otros seres humanos a quienes ayudaba con afecto, contestaba con prontitud sus cartas y aconsejaba con tino cuando se le pedía consejo. Ejemplar fue su conducta en la adversidad con los que, como él, padecieron el exilio.

Hombre sereno fue don Tomás ante los aconteceres que le quitaron el hogar en Madrid y le impidieron disfrutar de la patria.

Por fortuna conservó en la conversación (y en la correspondencia) una gracia especial. No la gracia andaluza que es el gesto y la entonación; ni la gallega que es concepto. La suya era muy personal; ¿manchega? No lo sé.

Recuerdo que cuando cumplió 90 años le mandé unas décimas jíbaras que rezumaban ripios y cariño. Pero al año siguiente se me olvidé la fecha y no hubo ni champagne ni versos. Se me quejó con donaire y sorna en una carta que conservo.

Tenía buen humor, como veremos en lo que le ocurrió cuando explicaba en la Universidad de Puerto Rico. Usaba don Tomás un paladar postizo que empolvaba para que los alumnos viesan dónde se aplicaba la lengua al pronunciar las consonantes palatales. Al quitarse el paladar el primer día para mostrarlo a la clase una muchacha de la primera fila exclamó con ingenuidad: “¡Ay, qué mono!” Don Tomás continuó impertérrito, pero luego comentaba: “Fue la primera y única vez que me llamaron mono”.

En otra ocasión fue una estudiante de Barnard College a preguntarle si aceptaría una invitación para ir a recitar poesías al “dormitorio de señoritas”, a lo que contestó muy serio: “¿Quién

no iría a recitar poesías al dormitorio de señoritas?” La chica se sorprendió de que los maestros que estaban con don Tomás se rieran. “¿Por qué se rieron, señora?” Porque dormitorio es **bedroom** y tú querías decir Residencia”.

La última vez que vi a don Tomás fue un fin de semana, 1969, que pasé con él y su familia en Northampton. Me parece ver aún aquella casa soleada y clara, de relucientes pisos encerados que parecían espejos y con un jardín de muy cuidado césped. Don Tomás se enorgullecía de ser él el que manejaba la máquina de encerar y dar lustre y la de cortar la yerba. Eran buenos ejercicios para sus piernas, ya algo torpes. No podía estar sentado más de una hora por lo cual los paseos en auto por las sombrías carreteras eran breves. En cambio la cabeza le funcionaba a las mil maravillas y aún escribía y publicaba.

Al despedirme le prometí volver, pero la enfermedad y la muerte de mi hijo me lo impidieron. Tenía noticias suyas; últimamente por medio de su hija Joaquina. Me acordé de su último cumpleaños y le mandé una planta y unas flores, por lo que dijo: “Sin salir de casa paseo por un jardín”. No podían faltar mis décimas con más cariño que ripios y abundaban éstos.

Que mi marido no le expresara (aunque lo demostraba) su gran afecto, no es de extrañar porque el hombre y sobre todo el castellano, es parco y tiene cierto pudor en mostrar su ternura.

Pero que yo, tropical, que hablo a veces de más, no le dijera cuánto le quería es sorprendente. Le vi los ojos humedecidos. Los míos estaban a punto de llorar. Y me salía del corazón decirle cuánto tenía que agradecerle el regalo de su amistad y cuán profundo era mi cariño de tantos años pero callé, temerosa de que fuera a creer que yo juzgaba esa ocasión nuestro último encuentro en esta tierra. El consuelo es que Angel y yo les acompañamos a menudo, a él y a Dolores, durante los años que suspiró por España.

TESTIMONIO DE UN POETA

Eugenio Florit

La última vez que lo vi fue en su casa de Northampton, los días 11 y 12 de noviembre de 1970, pronto hará diez años. Hacía tiempo que teníamos el proyecto de vernos, pues un amigo mío muy estimado, Antonio Serrano de Haro, Consejero Cultural del Consulado General de España en Nueva York, escritor, poeta, autor de un magnífico libro sobre Jorge Manrique, tenía mucho interés en conocer a don Tomás, y éste nos había invitado a su casa. Pero una cita que hicimos en el mes de agosto de aquel año no pudo realizarse porque mi amigo tuvo que hacer un viaje a España, y así quedó la cosa. Sin embargo, yo escribí a don Tomás a principios del propio mes de noviembre, contestándome él con estas letras: Querido Florit: De acuerdo con la fecha del sábado 28. ¡Encantados! Desde luego, le guardaremos el almuercito. Además, venga dispuesto a dormir aquí. Abrazos de los tres. Navarro”.

Ese día llegué como a la una de la tarde, y en la Estación de los autobuses me esperaban Joaquina y él, muy derecho, vestido de gris, con su bastón—ya tenía ciertas dificultades con las piernas—y su buen sombrero de fieltro, también gris. (Más adelante les contaré una historieta relacionada con el sombrero de don Tomás.) Ahora continúo el relato de mi breve y agradable estancia en aquella casa clara, bien arreglada por doña Dolores y por Joaquina, que en la sala de estar tenía una gran ventana por la que se veían árboles y algunas plantas; árboles que según me decía él, “aun conservan parte de sus hojas con los colores del otoño de New England”. Hablamos mucho de los amigos comunes, él siempre con su ritmo medurado y claro, con aquel acento tan propio de su tierra manchega y que aún parece resonar en la memoria de mis oídos.

El domingo regresé a Nueva York, proyectando nuevas visitas a aquella acogedora casa. Y pasaron los años, y un día de este último verano me dio Odón Betanzos la triste noticia del fallecimiento de aquel gran hombre sencillo, bueno y tan ilustre, que la Filología española tendrá que volver siempre a sus libros esclarecedores de cualquier punto de lingüística o de versificación, como es su excelente **Métrica española**. Paz a su alma.

Haciendo andar hacia atrás el reloj del tiempo, os diré que a poco de mi llegada definitiva a Nueva York, en el verano de 1940—hace ya, pues, casi cuarenta años—y por mi anterior amistad con Onís y con Amelia y Angel del Río, tuve ocasión de conocer a los Navarro, que entonces vivían en el número 535 oeste,

de la calle 110, entre Broadway y Amsterdam. Allí nos invitaron varias veces a pasar la velada, hasta que en noviembre de 1957 me comunicó don Tomás por escrito que como Joaquina estaba de profesora en Smith College, habían decidido trasladarse a Northampton para vivir cerca de ella, pues como decía, “cada día echábamos más de menos su compañía a medida que Nueva York se nos iba haciendo más dura y pesada”. Ello no nos mantenía incomunicados por mucho tiempo, pues siempre que yo le enviaba alguno de mis libros, don Tomás, con aquella letra segura y menudita como patitas de **chipmunk**, me acusaba recibo. Así me escribió el 19 de marzo de 1957, muy afectuoso, diciéndome que había leído “con deleite” mi ensayo sobre Alfonso Reyes.

Dos años más tarde me felicitaba por mi ascenso a “full professor”, añadiendo que “creo que no hay indiscreción en adelantar una noticia que ya le debe ser “reservadamente” conocida”. Y, al leer el glosario que yo había agregado a la **Literatura hispanoamericana** de nuestro compañero Anderson Imbert y mía, volvió a escribirme el 22 también de noviembre de 1960, haciéndome observaciones sobre dicho “Glosario”; observaciones que, desde luego, fueron tomadas en cuenta al hacerse la segunda edición de ese libro de texto.

Además de esa comunicación por escrito, durante muchos veranos nos veíamos diariamente en las seis semanas que duraba la Escuela de verano de Middlebury College, en Vermont. Los Navarro asistían a nuestras reuniones y funciones de teatro y yo, especialmente, me escurría en sus clases para disfrutar del saber serio y amable del maestro. Hablando del teatro, siempre recordaré una noche en que representábamos un graciosísimo trabajo a propósito escrito por Paco García Lorca y Jorge Mañach, y que sus autores llamaban “farsa”, titulado “Consonancias peligrosas o el triunfo del Hispanismo”. Eso fue el 4 de agosto de 1950. Algunos de los personajes e intérpretes eran: Doña Métrica, Amelia del Río; don Hispánico, Emilio González López; Modernista, Angel del Río, y Ultraísto, Francisco García Lorca.

También hacía un papel Pilar de Madariaga, entre otros amigos más. La obra estaba basada en las pasadas contiendas entre el Modernismo y el Ultraísmo (o vanguardismo) en nuestras literaturas, con algunas bromas muy oportunas sobre los libros de Fonética de Don Tomás, que a él mismo le hacían mucha gracia. Pero donde yo he visto reír con más entusiasmo a Navarro fue en una escena “ad libitum” que hicimos José Manuel Blecua y yo, en nuestros desgraciadamente verdaderos papeles de sordos—Blecua mucho más sordo que yo, desde luego. Entramos a escena a decirnos veinte tonterías, sin entendernos, y con aquello de “¿Vas a

la biblioteca? —No, voy a la biblioteca. —Ah, yo creía que ibas a la biblioteca”, don Tomás se reía que daba gusto verle.

Pero uno de los ratos más memorables de aquellas temporadas sucedió a fines de junio de 1944. Entonces todavía se podía ir en tren a Middlebury, cosa que ya no existe, gracias a Dios, porque aquellos trenes botijos de esos años eran un verdadero martirio. Recuerdo que—por lo menos en aquella vez—sólo tenían un coche con refrigeración, y en él, claro está, nos agrupábamos todos. Ese año nos reunimos en la Grand Central los Navarro y yo—que hacía mi primer viaje a Vermont. Don Tomás se había comprado un sombrero de fieltro gris, nuevecito, como el que llevaba en 1970 para recibirme en Northampton. Y todos se lo celebramos mucho, pues le sentaba muy bien. Subimos al vagón, nos acomodamos, y en eso entra José María Chacón y Calvo, que iba como profesor invitado. Al verse don Tomás y Chacón tuvieron una gran alegría, pues no se habían vuelto a ver desde Madrid, cuando la guerra. Chacón al lado de nuestro querido don Tomás y así estuvieron charlando durante todo el largo viaje, contándose miles de cosas, después de tantos años sin verse. Hay que advertir que Chacón era un hombre grande y muy grueso. Pues bien: llega el momento de apearse en la estación de Middlebury, y don Tomás empieza a buscar su sombrero, que no aparece por ninguna parte. “Señor, ¿dónde lo habré puesto?” Y en eso se levanta Chacón de su asiento y ¡horror!, había colocado toda su enorme humanidad encima del sombrero, que quedó hecho una tortilla de fieltro gris. Recuerdo que yo lo tomé y me puse a recorrer el vagón gritando: ¡miren cómo está el sombrero de don Tomás! Y a todo esto, cuando nuestro amigo recobró su prensa, lo acariciaba cuidadosamente para tratar de darle su primitiva forma, pero sin decir más que, bueno, no tiene importancia. Ya se arreglará. Y el pobre Chacón, rojo como un inmenso tomate, daba excusas y ayudaba a arreglar el sombrero.

Lo que no tiene arreglo, claro está, es la desaparición de don Tomás, no ya en el círculo de nuestras amistades vivas, sino en el más amplio de la Fonética y la Lingüística españolas. Con su muerte ha dejado un inmenso vacío en ese ramo de nuestras letras, como quedan vacíos su sillón en la Real Academia de la Lengua y en nuestra Corporación.

TESTIMONIO DE UN DISCIPULO

Daniel N. Cárdenas

Esta tarde nos reunimos a conmemorar a una de las lumbreras hispánicas. El profesor don Tomás Navarro Tomás fue un verdadero maestro en el sentido más lato de la palabra. Hoy trataré de examinar las cualidades de este maestro que a tantos infundió interés y entusiasmo por lo hispánico.

Recuerdo que después de varios cursos de literatura, conocía muchos datos concretos, pero aislados, sin coherencia, sin unidad o continuidad. Sólo la presentación de la historia de la lengua por nuestro ilustre maestro pudo poner todo en propia perspectiva y darle la razón de ser a todo nuestro patrimonio literario. Este descubrimiento me ayudó a decidir qué especialidad escoger. Dos o tres entrevistas con el maestro concretaron la decisión.

Recuerdo claramente la conclusión de nuestra conversación de dos horas, al cabo de la cual me dijo: "Bueno amigo Cárdenas, veo que está decidido y lo acepto con los brazos abiertos. De aquí en adelante, no se trata de profesor y alumno sino de compañeros de labor".

No puedo explicar la sensación de intimidad entre el verdadero maestro y el discípulo cuando se basa en compañerismo. Tal era el caso con don Tomás, amado y respetado pero compañero.

Hay muchas anécdotas que revelan su carácter, pero no me ocuparé de ellas hoy. Baste ahora indicar que jamás le fastidiaron en la clase o fuera de ellas las preguntas o interrupciones de poca consecuencia.

Dentro y fuera del aula, fue considerado, medurado y listo a conversar. Su comportamiento siempre fue ejemplar y digno de emularse. Tuvo él una personalidad apacible, tranquila y comprensiva, llena de armonía total con el mundo.

Fue maestro, director, líder, profesor, experto, instructor y sobre todo persona responsable. Pero aún más; fue artesano: moldeó el carácter y dirección profesional de centenares de personas. No sé quiénes y cuántos somos los discípulos que tuvieron la dicha de disfrutar de la enseñanza de don Tomás, pero sí sé que somos obra suya. El árbol da su fruto y se aprecia por su valor, pero el árbol retoña y espera que cada retoño se dé a conocer. Espero que todos sus discípulos podamos diseminar las enseñanzas de don Tomás, aunque no con todo su esmero: sereno, seguro, y siempre lleno de amor.

En este momento en particular, me parece muy extraño como discípulo suyo, que la primera obra publicada de nuestro maestro

haya sido **Las moradas de Santa Teresa** en 1910 y ahora yo dirijo una tesina sobre la poesía de la misma Santa Teresa. Extraño, digo, porque él comienza su carrera con Santa Teresa y tal vez con ella termine yo la mía.

Cuando hablamos de la obra de don Tomás corremos el riesgo de omitir algo. ¿Cómo podemos exaltar lo ya reconocido? ¿Cómo podemos negar lo ya irrefutable?

Gracias al doctor Theodore S. Beardsley, tenemos la bibliografía de don Tomás desde 1908 hasta 1970. Habrá que añadir mucho para completarla. La obra impresa habla por sí misma, pero queda la obra docente, difícil de evaluar.

Para todo estudioso de lo hispánico, don Tomás fue y es el astro que nunca se apaga. De ahí emanan las fuentes lingüísticas hispánicas; cada una sigue su propio camino, pero siempre vuelven a su cauce para fortalecerse y defender su punto de vista.

Cuando las fuentes difieren de punto de vista, don Tomás ni las reprocha ni las amonesta, sino que reconoce su rebaño y lo convence que las diferencias son ópticas aunque se trate de fonología.

Don Tomás nunca quiso que se explotaran, ni su nombre ni sus enseñanzas. Se le quiso homenajear por lo menos en dos ocasiones, pero él se opuso rotundamente, hasta el punto que su íntimo amigo Homero Serís intervino para que se desistiera de tal empresa.

Este es, pues, el testimonio de uno de los discípulos de don Tomás acongojado por la partida del maestro.

TESTIMONIO DE UN AMIGO DISTANTE

José Agustín Balseiro

Aunque desde lejos, permitan los colegas de nuestra Corporación que mi voz no falte entre las de aquel representativo grupo del mundo hispánico que llora la muerte de don Tomás Navarro y que existe consciente de que perdimos a una figura señera cuyo lugar nadie osaría reemplazar.

La segunda vez que fui a España, y la primera que en Madrid estuve para ya quedarme durante algunos años allí, visité el Centro de Estudios Históricos donde conocí al maestro Navarro Tomás. Ibamos dos puertorriqueños. Yo acompañaba, precisamente, a la admirable Amelia Agostini de entonces: la misma ilustre compañera que hoy, en nombre propio y en el de todos nosotros, dice su homenaje a "El hombre" que nos recibió con brazos abiertos y paternal afecto. No pudimos pensar en ocasión tan inolvidable y significativa para ambos, que décadas más tarde, hablando con la lengua de España en la ciudad de Nueva York, la ilustre Amelia Agostini de del Río se convertiría en la voz de la Academia Norteamericana de la Lengua Española para hacernos la exaltación del prócer de nuestro idioma. Si todos los hijos del mundo hispánico le debieron mucho, los de mi tierra le debemos acaso más. Porque nos estudió en nuestra entraña más reveladora: el español en Puerto Rico.

Ya establecido en Madrid donde comencé a formar mi hogar con quien el 28 de este noviembre cumplirá tres años de muerte, nos honró don Tomás viniendo a nuestro apartamento a compartir el pan. Y nos traía un ejemplar de aquellos Clásicos castellanos de "La Lectura", donde todos aprendimos tanto, editado por él.

Todavía después, cuando desde el Centro de Estudios Históricos se recomendaba al rector de la Universidad de Puerto Rico a quien debía ser catedrático-visitante del Departamento de Estudios Hispánicos, don Tomás unió su firma a la del también sabio don Ramón Menéndez Pidal. Y así fui a enseñar a mi propia tierra, sucediendo a Gabriela Mistral y a una pléyade de insignes maestros. Entre ellos estuvo Angel del Río.

Como si nada hubiera dicho para justificar a plenitud esta comunicación, añadiré que hace sólo unas semanas concurrí en Madrid a la reunión de los miembros de la Real Academia Española en la que su Director y también querido amigo, Dámaso Alonso, daría cuenta oficial del fallecimiento de don Tomás. En aquella breve reunión el poeta de **Hijos de la ira** e investigador de **La Epístola Moral a Fabio**, de **Andrés Fernández de Andrada**, hizo

una revelación que debe recoger la historia de la cultura hispánica.

A saber: que reiteradamente, durante los años de la post guerra civil, fue presionado por el Gobierno para que eliminara de la Academia el nombre de don Tomás Navarro; y siempre se negó a ello. Y aunque Dámaso Alonso lo dijo con voz de seda—como de quien no ha menester del grito para que prevalezca su indiscutible autoridad—en ella vibraba el acero del carácter bien templado.

Ya saben mis colegas de la Academia Norteamericana de la Lengua Española como—por mi admiración intelectual, por mi gratitud personal y por el sentido de la justicia con que trato de guiarme siempre—no debía faltar, con mis respetos para la también ilustre doña Joaquina Navarro, este testimonio.